

El proceso migratorio y la formación de minorías étnicas

LA MIGRACIÓN internacional difícilmente es una simple acción individual por la que una persona decide trasladarse en busca de mejores oportunidades de vida, deja sus raíces en el terruño y se asimila de forma rápida en el nuevo país. Con mucha mayor frecuencia, la migración y el establecimiento son un proceso a largo plazo que se desarrollará por el resto de la vida del migrante y que afectará también a generaciones subsecuentes (la migración puede, incluso, trascender la muerte: se sabe que los miembros de algunos grupos de migrantes han pagado a sociedades funerarias, las que, después de la muerte, transportan sus restos para ser enterrados en su terruño. Véase Tribalat, 1995: 109-111). La migración es una acción colectiva que se origina en el cambio social y que afecta a toda la sociedad, tanto en las áreas de salida como en las de llegada. Además, la experiencia de la migración y de vivir en otro país, con frecuencia lleva a modificar los planes originales, de modo que las intenciones del migrante en el momento de la partida no son buenas predictoras del comportamiento real. De manera similar, ningún gobierno se ha dado a la tarea de construir una sociedad étnicamente diversa a través de la inmigración, aun cuando las políticas de reclutamiento de mano de obra, con frecuencia conducen a la formación de minorías étnicas, lo que tiene consecuencias a largo plazo para las relaciones sociales, las políticas públicas, la identidad nacional y las relaciones internacionales.

El propósito de este capítulo es vincular dos cuerpos teóricos que con frecuencia son tratados de manera individual: las teorías sobre la migración y el establecimiento y las teorías sobre las minorías étnicas y su posición en la sociedad. Se proporciona un marco teórico para entender las exposiciones más descriptivas de la migración, el establecimiento y la formación de minorías; las cuales se verán en capítulos posteriores. Sin embargo, tal vez el lector prefiera leer primero aquellos capítulos que contienen material empírico y volver después a la teoría.

La explicación del proceso migratorio

El concepto de *proceso migratorio* sintetiza intrincados sistemas de factores e interacciones que conducen a la migración internacional e influyen en su curso. La migración es un proceso que afecta todas las dimensiones de la existencia social, que desarrolla una compleja dinámica propia.

La investigación sobre la migración es por tanto intrínsecamente interdisciplinaria: sociología, ciencia política, historia, economía, geografía, demografía, psicología y derecho son todas disciplinas relevantes (Brettell y Hollifield, 2000). Éstas examinan diferentes aspectos de la movilidad poblacional; una comprensión plena requiere contribuciones de todas ellas. Dentro de cada disciplina científico-social, se presenta una diversidad de aproximaciones basadas sobre diferencias en teoría y métodos. Por ejemplo, los investigadores que fundamentan su trabajo en el análisis cuantitativo de grandes conjuntos de datos (como los censos o encuestas representativas), plantearán distintas preguntas y obtendrán resultados diferentes en comparación con quienes hacen estudios cualitativos de pequeños grupos. Los que examinan el papel de la mano de obra migrante dentro de la economía mundial utilizando aproximaciones históricas e institucionales también llegarán a diferentes hallazgos. Todos estos métodos tienen su sitio en la medida en que ninguno de ellos afirma ser el único correcto. No es posible hacer aquí una revisión detallada sobre la teoría de la migración (véase Massey *et al.*, 1993, 1994, 1998), sin embargo, es posible hacer una distinción útil entre tres de las aproximaciones fundamentales utilizadas en los debates contemporáneos: la teoría económica neoclásica, la aproximación histórica-estructural y la teoría de sistemas migratorios (Hugo, 1993: 7-12).

Teorías económicas de la migración

La *perspectiva económica neoclásica* tiene sus antecedentes en la primera teoría sistemática sobre la migración: aquella propuesta por Ravenstein, el geógrafo decimonónico que formuló leyes estadísticas de la migración (Ravenstein, 1885, 1889). Fueron enunciados generales, sin vínculos con cualquier movimiento migratorio real (Cohen, 1987: 34-35; Zolberg, Suhrke y Aguao 1989: 403-405). Tradición que sigue viva en el trabajo de muchos demógrafos, geógrafos y economistas. Estas “teorías generales” enfatizan las tendencias de la gente a trasladarse de áreas densamente pobladas a escasamente pobladas; o bien de bajos a altos ingresos; o vinculan las migraciones con las fluctuaciones en el ciclo de los negocios. Estas aproximaciones seguidas se conocen como las teorías de “rechazo-atracción” (*push-pull*) porque perciben las causas de la migración como una combinación de “factores de rechazo” que impelen a la gente a dejar

sus áreas de origen, con “factores de atracción” que la atraen a ciertos países receptores. Los “factores de rechazo” incluyen: crecimiento demográfico, bajos niveles de vida, falta de oportunidades económicas y represión política; mientras que los “factores de atracción” son como la demanda de mano de obra, la disponibilidad de tierras, buenas oportunidades económicas y libertades políticas.

Este modelo se basa, sobre todo, en la economía neoclásica, aunque también ha recibido la influencia de la sociología, la demografía social y otras disciplinas. Es individualista y ahistórico. Enfatiza la decisión individual de migrar, basada en una comparación racional de los costos y beneficios relativos de permanecer en el área de origen o trasladarse a otros destinos alternativos. Los factores limitantes, como restricciones gubernamentales en la emigración e inmigración se tratan más que nada como distorsiones del mercado racional, las cuales deberían retirarse. Su concepto central es el de “capital humano”: la gente decide invertir en la migración de la misma forma que podría invertir en educación o en entrenamiento vocacional, porque aumenta su capital humano y trae ganancias potenciales en el ingreso futuro. La gente migrará si la tasa de beneficio esperada por salarios más altos en el país de destino es mayor que los costos originados por la migración (Chiswick, 2000). Borjas presenta el modelo de un mercado de inmigración:

La teoría neoclásica supone que los individuos maximizan la utilidad: los individuos “buscan” el país de residencia que maximice su bienestar... La búsqueda se restringe por los recursos financieros individuales, por las reglas de inmigración impuestas por los países anfitriones en competencia y por las reglas de emigración de los países de salida. En el mercado de inmigración se intercambian diversas piezas de información y se comparan las diferentes opciones. En cierto sentido, los países anfitriones en competencia hacen “ofertas de migración” a partir de las cuales los individuos comparan y escogen. La información recopilada en el mercado lleva a muchos individuos a concluir que es “rentable” permanecer en su terruño... Inversamente, otros individuos concluyen que les irá mejor en algún otro país. El mercado de inmigración distribuye a estos individuos de manera no aleatoria en los países receptores (Borjas, 1989: 461).

Borjas afirma que “esta aproximación lleva a una categorización clara y empíricamente comprobable de los tipos de flujos inmigrantes que se dan en un mundo en el cual los individuos buscan «el mejor país»” (Borjas, 1989: 461). Con base en lo anterior, la mera existencia de disparidades eco-

nómicas entre diversas áreas debería ser suficiente para generar flujos migrantes. En el largo plazo, esos flujos habrían de ayudar para que se equiparan los salarios y las condiciones en las regiones subdesarrolladas y desarrolladas, lo que llevaría al equilibrio económico. Borjas afirma que esto puede tener efectos negativos para los países de inmigración, en especial en el descenso de los niveles de promedio de capacitación (Borjas, 1990). Sin embargo, el hallazgo no carece de contradicciones dentro de la investigación neoclásica: Chiswick dice que los migrantes se seleccionan a sí mismos de manera positiva en el sentido de que los que tienen mayores habilidades tienen más probabilidades de trasladarse, porque obtienen un beneficio mayor en su inversión de capital humano que en su movilidad. Esto tiene efectos negativos para los países de origen al causar una “fuga de cerebros” (Chiswick, 2000).

Los estudios empíricos hacen dudar del valor de la economía neoclásica. Raramente la gente más pobre de los países menos desarrollados se traslada a los países más ricos; con mayor frecuencia los migrantes son personas de estatus social intermedio que provienen de áreas que atraviesan cambios económicos y sociales. De manera similar, el modelo de rechazo-atracción predice traslados de áreas densamente pobladas a regiones escasamente pobladas, aunque de hecho los países de inmigración como Holanda y Alemania están entre los de mayor densidad de población. Finalmente, el modelo de rechazo-atracción no puede explicar por qué un cierto grupo de migrantes va a un país en vez de a otro: por ejemplo, ¿por qué la mayoría de los argelinos migraron a Francia y no a Alemania, mientras que lo opuesto se aplica a los turcos?

Las teorías neoclásicas de la migración se han criticado tanto por simplistas como por ser incapaces de explicar los movimientos existentes o de predecir los futuros (véanse Sassen, 1988; Boyd, 1989; Portes y Rumbaut, 1996: 271-278). Parece absurdo tratar a los migrantes como participantes individuales en el mercado, que disponen de toda la información acerca de sus opciones y de la libertad para hacer decisiones racionales. Los historiadores, antropólogos, sociólogos y geógrafos han mostrado que el comportamiento de los migrantes se ve fuertemente influido por las experiencias históricas al igual que por las dinámicas familiar y comunitaria (Portes y Böröcz, 1989). Asimismo, los migrantes disponen de información limitada y con frecuencia contradictoria y están sujetos a una gama de limitaciones (en especial la falta de poder frente a los patrones y los gobiernos). Los migrantes compensan por medio del desarrollo del capital cultural (conocimiento colectivo de su situación y estrategias para lidiar con ella) y del capital social (las redes sociales que organizan los procesos de migración y de formación de comunidades).

Parece, por lo tanto introducir una gama más amplia de factores en la investigación económica. Un intento de ello es la “teoría del doble mercado laboral”, que mostraba la importancia de los factores institucionales, al igual que de raza y el género para segmentar el mercado de trabajo (Piore, 1979). La aproximación de la “nueva economía de la migración laboral” surgió en los años ochenta (Stark, 1991; Taylor, 1987). Argumentaba que los mercados rara vez funcionan en la forma ideal que sugerían los neoclasicistas. La migración necesita explicarse no sólo por las diferencias de ingresos en los dos países, sino también por factores como la oportunidad de un empleo seguro, la disponibilidad de capital para la inversión y la necesidad de manejar el riesgo por largos periodos. Por ejemplo, Massey *et al.* (1987) señalan que los campesinos mexicanos pueden migrar a Estados Unidos porque, aun cuando tengan suficiente tierra, carecen del capital para hacerla productiva. De manera similar, el papel de las remesas en la migración no se puede entender con estudiar nada más el comportamiento de los migrantes. En cambio, es necesario examinar los efectos de las remesas a largo plazo, en la inversión, el trabajo y las relaciones sociales de la comunidad (Taylor, 1999).

El modelo neoclásico tiende a tratar el papel del Estado como una aberración que altera el funcionamiento “normal” del mercado. Borjas, por ejemplo, sugiere que el gobierno de Estados Unidos debería “desregular el mercado de la inmigración” vendiendo visas al mejor postor (Borjas, 1990: 225-228). Pero el examen de las migraciones históricas y contemporáneas (véanse más adelante los capítulos 2-6) muestra que los estados (en particular los países de recepción) desempeñan un papel importante para iniciar, moldear y controlar los movimientos. La razón más común para permitir la entrada es la necesidad de trabajadores –con los estados que a veces asumen el papel de reclutadores laborales en nombre de los patrones– pero las consideraciones demográficas o humanitarias pueden ser también importantes. La inmigración como parte de la construcción de la nación ha desempeñado un rol importante en los países del nuevo mundo como Estados Unidos, Canadá, Argentina, Brasil y Australia. Las políticas sobre los refugiados y los solicitantes de asilo son determinantes de peso en los movimientos contemporáneos de población.

De ahí que la idea de migrantes individuales toman decisiones libres, que no sólo “maximizan su bienestar” sino también llevan a un “equilibrio en el mercado” (Borjas, 1989: 482), está tan alejada de la realidad histórica que tiene poco valor explicativo. Parece mejor, como sugiere Zolberg, analizar la migración laboral “como un movimiento de trabajadores impulsado por la dinámica de la economía capitalista transnacional, la que en forma simultánea determina tanto la “atracción” como la “expulsión” (Zolberg, Suhrke y Aguao, 1989:

407). Esto implica que las migraciones son fenómenos colectivos que deberían examinarse como subsistemas de un sistema económico y político cada vez más global.

La aproximación histórica estructural

Una explicación alternativa de la migración internacional la proporcionó a partir de los años setenta lo que llegó a denominarse la *aproximación histórica estructural*. Ésta tuvo sus raíces intelectuales en la economía política marxista y en la teoría del sistema mundial. Esta aproximación enfatizaba la distribución desigual del poder económico y político en la economía mundial. La migración era vista principalmente como una manera de movilizar fuerza de trabajo barata a cambio de capital. Perpetuaba el desarrollo desigual, explotando los recursos de los países pobres para hacer los ricos aún más ricos (Castles y Kosack, 1985; Cohen, 1987; Sassen, 1988). Mientras que las teorías de “expulsión-atracción” tendían a centrarse principalmente en las migraciones voluntarias de los individuos, como las de Europa a Estados Unidos antes de 1914, las explicaciones históricas estructurales examinaban el reclutamiento masivo de mano de obra por el capital; ya fuera para las fábricas en Alemania, los negocios agrícolas de California o los proyectos de infraestructura como el Plan Hidroeléctrico de Snowy Mountain en Australia. La disponibilidad de la mano de obra fue al mismo tiempo una herencia del colonialismo como resultado de la guerra y de las desigualdades regionales dentro de Europa. Para las teorías del sistema mundial, la migración laboral era una de las principales formas en que se forjaban los lazos de dominación entre las economías centrales del capitalismo y su periferia subdesarrollada. La migración era tan importante como la hegemonía militar, el control del comercio mundial y la inversión para conservar dependiente al Tercer Mundo respecto del primero.

Pero la aproximación histórica-estructural fue a su vez criticada por muchos estudiosos de la migración: si la lógica del capital y los intereses de los estados occidentales eran tan dominantes, ¿cómo podría explicarse la ruptura frecuente de las políticas de inmigración, cambio no planeado de la migración laboral hacia el establecimiento permanente en ciertos países? Tanto la perspectiva neoclásica como la aproximación histórico-estructural parecían demasiado tendenciosas para analizar de forma adecuada la gran complejidad de las migraciones contemporáneas. La aproximación neoclásica dejaba de lado las causas históricas de los movimientos y minimizaba el papel del Estado, mientras que la aproximación histórico-funcional veía los intereses del capital como absolutamente determinantes y no prestaba atención adecuada a los motivos y acciones de los individuos y grupos involucrados.

Teoría de sistemas migratorios y tendencia a una nueva aproximación interdisciplinaria

A partir de esas críticas surgió una nueva aproximación, la *teoría de sistemas migratorios*, que trata de incluir una amplia gama de disciplinas y cubrir todas las dimensiones de la experiencia migratoria. Un sistema migratorio está constituido por dos o más países que intercambian migrantes entre sí. La tendencia es analizar los sistemas migratorios regionales como el Pacífico del sur, África occidental o el cono sur de América Latina (Kritz *et al.*, 1992). Sin embargo, regiones distantes pueden estar intervinculadas, como el sistema migratorio que abarca el Caribe, Europa occidental y América del norte; o aquel que vincula el norte y el oeste de África con Francia. La aproximación de los sistemas migratorios implica examinar ambos extremos del flujo y estudiar todos los nexos entre los lugares involucrados. Éstos se pueden clasificar como “relaciones y comparaciones de estado a estado, conexiones de cultura de masas y redes familiares y sociales” (Fawcett y Arnold, 1987: 456-457).

La teoría de sistemas migratorios sugiere que los movimientos migratorios por lo general se generan por la existencia de vínculos previos entre los países de envío y recepción basados en la colonización, la influencia política, el intercambio, la inversión o los vínculos culturales. De ahí que la migración de México a Estados Unidos se haya originado en la expansión hacia el sur y el oeste por parte de Estados Unidos en el siglo XIX y el reclutamiento deliberado de trabajadores mexicanos por los patrones estadounidenses en el siglo XX (Portes y Rumbaut, 1996: 272-276). La migración de la República Dominicana a Estados Unidos se inició por la ocupación militar estadounidense de los sesenta. De manera similar, tanto la migración coreana como la vietnamita fueron consecuencia a largo plazo de la participación militar estadounidense (Sassen, 1988: 6-9). Las migraciones de India, Pakistán y Bangladesh a Gran Bretaña están asociadas con la presencia colonial británica en el subcontinente hindú. De igual forma, los migrantes caribeños tienden a trasladarse a sus respectivos poderes coloniales previos: por ejemplo, Jamaica a Gran Bretaña, La Martinica a Francia y Surinam a Holanda. La migración argelina a Francia (y no a Alemania) se explica por la presencia colonial francesa en Argelia, mientras que la presencia turca en Alemania es consecuencia del trabajo directo de reclutamiento por parte de Alemania en los años sesenta y principios de los setenta.

La aproximación de los sistemas migratorios es parte de una tendencia hacia una comprensión más inclusiva e interdisciplinaria, que surge como una nueva corriente dominante de la teoría migratoria –al menos fuera del dominio de la ortodoxia neoclásica. El principio básico es que cualquier movimiento

migratorio puede ser visto como la consecuencia de la interacción entre macroestructuras y microestructuras. Las macroestructuras se refieren a factores institucionales a gran escala, mientras que las microestructuras abarcan las redes, prácticas y creencias de los migrantes mismos. Estos dos niveles están vinculados por un conjunto de mecanismos intermedios a los que con frecuencia se les llama “mesoestructuras”.

Las macroestructuras incluyen la economía política del mercado mundial, las relaciones entre los estados y las leyes, estructuras y prácticas establecidas por los países de origen y destino para controlar el establecimiento migratorio. La evolución de la producción, distribución e intercambio dentro de una economía mundial cada vez más integrada en los últimos cinco siglos, claramente ha sido un determinante de peso en las migraciones. El papel de las relaciones internacionales y de los estados tanto de las áreas de origen como receptoras, para organizar o facilitar los traslados también es importante (Dohse, 1981; Böhning, 1984; Cohen, 1987; Mitchell, 1989; Hollifield, 2000).

Las microestructuras son las redes sociales informales, desarrolladas por los propios migrantes para lidiar con la migración y el establecimiento. La literatura del pasado utilizaba el concepto de “migración en cadena” en este contexto (Price, 1963: 108-110). La investigación sobre los migrantes mexicanos en los años setenta mostró que el 90 por ciento de los encuestados había obtenido la residencia legal en Estados Unidos a través de contactos familiares y patronales (Portes y Bach, 1985). En la actualidad, muchos autores enfatizan el papel de la información y del “capital cultural” (el conocimiento de otros países, capacidad de organizar el viaje, encontrar trabajo y adaptarse a un nuevo ambiente) para comenzar y sostener los movimientos migratorios. Las redes informales incluyen las relaciones personales, patrones de organización familiar y del hogar, los vínculos de amistad y comunitarios y la ayuda mutua en asuntos económicos y sociales. Esos vínculos aportan recursos vitales para los individuos y grupos; pueden considerárseles “capital social” (Bourdieu y Wacquant, 1992: 119). Las redes informales vinculan “a los migrantes y a los no migrantes entre sí en una compleja red de papeles sociales y relaciones interpersonales” (Boyd, 1989: 639).

La familia y la comunidad son críticas en las redes migratorias. La investigación sobre la migración asiática muestra que las decisiones migratorias no son hechas por los individuos, sino por las familias (Hugo, 1994). En situaciones de cambio brusco, una familia puede decidir enviar a uno o más miembros a trabajar en otra región del país, para maximizar el ingreso y las oportunidades de supervivencia. En muchos casos, las decisiones de migrar son hechas por los más viejos (en especial los hombres) y se espera que los jóvenes y las mujeres obedezcan la autoridad patriarcal. La familia puede decidir si envía a las

mujeres jóvenes a la ciudad o al extranjero, porque el trabajo de los hombres jóvenes es indispensable en los cultivos. Las jóvenes son vistas también, a menudo, como más fiables para enviar remesas. Tales motivos se corresponden con una creciente demanda internacional de mano de obra femenina para cubrir los puestos de trabajadoras fabriles en el ensamblado de precisión, o como empleadas domésticas, lo cual contribuye a una feminización creciente de la migración.

Los vínculos familiares con frecuencia proporcionan tanto el capital financiero como el cultural que hacen posible la migración. Es típico que las cadenas migratorias comiencen por un factor externo, como el reclutamiento o el servicio militar, o por un movimiento inicial de jóvenes pioneros (casi siempre varones). Una vez que se establece un movimiento, los migrantes siguen sobre todo “rutas conocidas” (Stahl, 1993); reciben la ayuda de parientes y amigos que ya están en el área de inmigración. Las redes basadas en la familia o en el origen común, ayudan a proporcionar albergue, trabajo, orientación en los procedimientos burocráticos y apoyo en las dificultades personales. Estas redes sociales hacen que el proceso migratorio sea más seguro y manejable para los migrantes y sus familias. Los movimientos migratorios, una vez iniciados, se convierten en procesos sociales autosostenidos.

Las redes de migración aportan, además, la base para los procesos de establecimiento y formación de comunidades en el área de inmigración. Los grupos migrantes desarrollan su propia infraestructura social y económica: lugares de oración, asociaciones, tiendas, cafés, servicios profesionales como los de abogados y médicos, amén de otros servicios. Esto se vincula con la reunificación familiar: a medida que se incrementa el tiempo de estancia, los migrantes originales (sean trabajadores o refugiados) comienzan a traer a sus cónyuges e hijos o fundan nuevas familias. La gente comienza a ver sus perspectivas de vida en el nuevo país. El proceso está ligado de manera particular con la situación de los hijos de los migrantes: una vez que van a la escuela en el nuevo país aprenden el idioma, forman relaciones de grupo entre iguales y desarrollan identidades biculturales o transculturales, con lo que se hace cada vez más difícil que los padres regresen a sus terruños.

En años recientes, las “mesoestructuras”, situadas en medio de las anteriores, han ejercido una atracción creciente para los investigadores. Algunos individuos, grupos o instituciones pueden adoptar el papel de mediadores entre los migrantes y las instituciones políticas y económicas. Surge una “industria de la migración” que consiste en organizaciones de reclutamiento, abogados, agentes, contrabandistas y otros intermediarios (Harris, 1996: 132-136). Esas personas pueden ser tanto apoyos como explotadores de los migrantes. En especial en situaciones de migración ilegal o exceso en la oferta de migrantes potenciales,

puede sobresalir el papel explotador: muchos migrantes se han visto despojados de sus ahorros para encontrarse a la deriva, sin trabajo o recursos en un país extraño. El surgimiento de una industria de la migración con fuerte interés en la continuidad de la migración ha confundido a menudo los esfuerzos del gobierno por controlar o detener los traslados.

Las macro, meso y microestructuras están interrelacionadas en el proceso migratorio y no hay claras líneas divisorias entre ellas. Ninguna causa por sí sola es suficiente para explicar por qué la gente decide dejar su país y establecerse en otro. Es esencial tratar de entender todos los aspectos del proceso migratorio planteando preguntas como las que siguen.

1. ¿Qué factores económicos, sociales, demográficos, ambientales o políticos han cambiado tanto como para que la gente sienta la necesidad de dejar su área de origen?
2. ¿Qué factores proporcionan oportunidades para los migrantes en el área de destino?
3. ¿Cómo se desarrollan redes sociales y otros vínculos entre las dos áreas, dando así a los aspirantes a migrar la información, medios de traslado y la posibilidad de ingreso?
4. ¿Qué estructuras y prácticas legales, políticas, económicas y sociales existen o surgen para regular la migración y el establecimiento?
5. ¿Cómo los migrantes se convierten en colonos (*settlers*) y por qué esto lleva a la discriminación, el conflicto y el racismo en algunos casos, pero a sociedades pluralistas o multiculturales en otros?
6. ¿Cuál es el efecto del establecimiento en la estructura social, la cultura y la identidad nacional en las sociedades receptoras?
7. ¿Por qué la emigración cambia al área de origen?
8. ¿En qué medida las migraciones llevan a nuevos vínculos entre las sociedades de origen y las receptoras?

Teoría transnacional

Este último aspecto –nuevos vínculos entre las sociedades a partir de la migración– ha sido objeto de atención en los últimos años, lo que ha llevado al surgimiento de un nuevo cuerpo teórico sobre el “transnacionalismo” y “comunidades transnacionales”. Un aspecto de la globalización es el rápido mejoramiento en las tecnologías de transporte y comunicación, lo que hace cada vez más fácil para los migrantes el conservar vínculos estrechos con sus áreas de origen. Estos desarrollos también facilitan el crecimiento de la movilidad circulatoria o repetitiva, por medio de la cual la gente migra de manera regular entre un deter-

minado número de lugares donde tienen vínculos económicos, sociales o culturales. Los debates sobre el transnacionalismo se vieron estimulados por el trabajo de Basch *et al.* (1994), quienes argumentaban que estaban surgiendo “estados-nación desterritorializados”, con consecuencias potencialmente serias para la identidad nacional y la política internacional. Portes define las actividades transnacionales como:

aquellas que se dan de manera recurrente a través de las fronteras nacionales y que requieren un compromiso de tiempo regular y significativo de parte de los participantes. Estas actividades pueden realizarse por actores relativamente poderosos como los representantes de los gobiernos nacionales y las corporaciones multinacionales o pueden iniciarse por individuos más modestos, como los inmigrantes y sus parientes y conocidos. Estas actividades no se limitan a las empresas económicas, sino que incluyen asimismo iniciativas políticas, culturales y religiosas (Portes, 1999: 464).

La noción de comunidad transnacional enfatiza la entidad humana. En el contexto de la globalización, el transnacionalismo puede ampliar las comunidades de contacto personal previamente constituidas con base en el parentesco, la vecindad o el trabajo hacia comunidades virtuales muy desarrolladas, que se comunican a distancia. Portes y sus colaboradores enfatizan la importancia de las comunidades transnacionales de negocios (sean empresas a gran escala o pequeños empresarios étnicos), pero también hacen notar la importancia de las comunidades políticas y culturales. Distinguen entre el *transnacionalismo desde arriba* –las actividades que son “conducidas por poderosos actores institucionales, como las corporaciones multinacionales y los estados”– y el *transnacionalismo desde abajo* –las actividades “que son resultado de iniciativas de base por parte de los inmigrantes y sus contrapartes en el terruño” (Portes *et al.*, 1999: 221). Las comunidades transnacionales pueden desarrollar un poder de equilibrio para oponerse al poder de las corporaciones, los gobiernos y las organizaciones intergubernamentales. Efectivamente, los vínculos informales encarnados en las redes migratorias con frecuencia debilitan las políticas migratorias oficiales que ignoran los intereses de los migrantes.

El término *transmigrante* puede utilizarse para identificar a la gente cuya existencia se ve moldeada por la participación en las comunidades transnacionales basadas en la migración (Glick-Schiller, 1999: 203). Debe evitarse el uso excesivo del término: la mayoría de los migrantes todavía no se ajustan a ese patrón. Los migrantes laborales temporales que permanecen en el extranjero por algunos años envían dinero, se comunican con sus familias en el terruño y las visitan ocasionalmente no son transmigrantes. Tampoco lo son los migrantes

permanentes que se van para siempre y simplemente conservan un contacto laxo con su tierra. La característica definitoria clave es que las actividades transnacionales sean una parte central de la vida de la persona. Cuando esto se aplica a un grupo de personas, entonces se puede hablar de una comunidad transnacional.

Las comunidades transnacionales no son nuevas, aunque el término sí lo sea. El concepto de diáspora se remonta a viejos tiempos y fue utilizado para los pueblos desplazados o dispersados por la fuerza (*v.gr.*, los judíos, los esclavos africanos en el Nuevo Mundo). También se aplicó a ciertos grupos de mercaderes como los griegos en Asia occidental y África, o los mercaderes árabes que llevaron el Islam al sudeste asiático, así como a los migrantes laborales (hindúes en el Imperio británico, lo italiano desde la década de 1860) (Cohen, 1997; Van Hear, 1998). El término diáspora con frecuencia tiene importantes connotaciones emotivas, mientras que la noción de comunidad transnacional es más neutral. El factor nuevo es la rápida proliferación de las comunidades transnacionales bajo las condiciones de la globalización (Vertovec, 1999: 447). Es probable que el transnacionalismo continúe creciendo y las comunidades transnacionales se conviertan en una forma cada vez más importante de organizar actividades, relaciones y la identidad para una cantidad creciente de personas con filiación en dos o más países.

De la migración al establecimiento

Si bien cada movimiento migratorio tiene patrones históricos específicos, es posible generalizar sobre la dinámica social de sus procesos. Es necesario, no obstante, diferenciar entre la migración motivada por cuestiones económicas y la migración forzada. La mayor parte de las migraciones económicas comienzan con personas jóvenes económicamente activas. Con frecuencia son “devengadores con un objetivo” que quieren ahorrar suficiente dinero en una economía con más altos sueldos, para mejorar sus condiciones en el terruño al comprar tierras, construir una casa, establecer un negocio, pagar la educación o una dote. Tras un periodo en el país receptor, algunos de estos “migrantes primarios” regresan al terruño, pero otros prolongan su estancia o regresan y emigran nuevamente. Esto puede deberse al éxito relativo presente cuando los migrantes encuentran que las condiciones de vida y de trabajo en el nuevo país son mejores que en el terruño. Pero también puede ser por el fracaso relativo que se da cuando es imposible para los migrantes ahorrar lo suficiente para cumplir sus propósitos, por lo que necesitan una estancia más prolongada. A medida que pasa el tiempo, muchos de los migrantes que antes se consideraban temporales hacen venir a sus esposas o encuentran pareja en el nuevo país. Con

el nacimiento de los hijos, el establecimiento se vuelve de un carácter más definitivo.

Esta poderosa dinámica interna del proceso migratorio con frecuencia hace que se confundan las expectativas de los participantes y torna vulnerables los objetivos de los diseñadores de política, tanto en los países de origen como en los de llegada. En muchas migraciones no hay una intención inicial de reunificación familiar y establecimiento definitivo. Empero, cuando los gobiernos intentan detener los flujos –por ejemplo a raíz de una disminución en la demanda de mano de obra– pueden encontrarse con que ese movimiento se sostiene por sí mismo. Lo que comenzara como un flujo laboral temporal se transforma en un flujo de reunificación familiar, de migración indocumentada o incluso de solicitantes de asilo. Esto es consecuencia de la maduración del movimiento migratorio y de los migrantes mismos a medida que pasan por su ciclo de vida. Puede ser también porque la dependencia de los trabajadores migrantes se ha convertido en ciertos sectores en una característica estructural de la economía.

El hecho de que quienes diseñan las políticas y los analistas no hayan logrado ver la migración internacional como un proceso social dinámico, ha sido el origen de muchos problemas políticos y sociales. La razón de esta falta de visión, con frecuencia tiene su origen en que se centran sólo en modelos económicos de la migración, los que, de manera errada, afirman que la migración es una respuesta individual a factores del mercado. Esto ha llevado a la creencia de que la migración puede abrirse o cerrarse como si fuera un grifo, al cambiar las condiciones de las políticas que influyen en los costos y beneficios para la movilidad de los migrantes. La migración puede continuar debido a factores sociales, aun cuando los económicos que iniciaron el movimiento, se hayan transformado por completo.

Esos desarrollos se ilustran de manera adecuada por la experiencia del occidente de Europa de los movimientos del tipo de “trabajadores huéspedes” desde la cuenca del Mediterráneo, a partir de 1945 y hasta 1973. Otras situaciones en las que los factores sociales han conducido a resultados inesperados, incluyen las migraciones desde las antiguas colonias hacia Gran Bretaña, Francia y Holanda, amén de la que se da desde Europa, América Latina y Asia a Estados Unidos, Australia y Canadá (véase capítulo 3). Una lección del último medio siglo es que para los países con derechos democráticos y fuertes sistemas legales es extremadamente difícil evitar que la migración se convierta en establecimiento. La situación es un tanto diferente para los países que reclutan mano de obra y que carecen de garantías efectivas para los derechos humanos, como en los estados del golfo Pérsico o algunos países del este y el sudeste asiáticos. Hay una dinámica social del proceso migratorio pero las restricciones de los

países receptores pueden obstaculizar la reunificación familiar o el establecimiento permanente (capítulos 5 y 6).

Las dinámicas son diferentes en el caso de los refugiados y los solicitantes de asilo, quienes dejan sus países porque la persecución, la violación de los derechos humanos y la violencia generalizada hacen que la vida en ellos sea insostenible. La mayoría de los migrantes a la fuerza permanecen en los países vecinos de primer asilo –los que con frecuencia son pobres y políticamente inestables. La migración subsecuente a países que ofrecen mejores oportunidades económicas y sociales sólo es posible para una pequeña minoría. No obstante, hay evidencia de cierta selectividad: sobre todo son quienes tienen los recursos financieros, el capital humano (especialmente la educación) y las redes sociales en los países de destino, los que tienen capacidad de migrar subsecuentemente (Zolberg y Benda, 2001). Esta migración posterior está motivada tanto por el imperativo de dejar un país de origen en el que peligra la vida, como por la esperanza de construir una vida mejor en otro lugar. Los intentos de los diseñadores de políticas por hacer claras distinciones entre los migrantes con motivaciones económicas y los migrantes a la fuerza se ven obstaculizados por estas “motivaciones mezcladas”.

Esto ha llevado a la noción del “nexo migración-asilo” que apunta a vínculos complejos entre las diversas razones para la migración. Los migrantes laborales, los colonos permanentes y los refugiados se trasladan bajo diferentes condiciones y regímenes legales. Aun así, todos estos movimientos poblacionales son síntomas de la modernización y la globalización. El colonialismo, la industrialización y la integración en la economía mundial destruyen las formas tradicionales de producción y de las relaciones sociales; conducen a la reformulación de las naciones y estados. El subdesarrollo, el empobrecimiento, el gobierno ineficaz, el conflicto endémico y la violación de los derechos humanos están estrechamente ligados. Estas condiciones conducen tanto a la migración motivada económicamente como a la huida por motivos políticos.

La formación de minorías étnicas

Los efectos a largo plazo de la inmigración surgen en la sociedad en etapas tardías del proceso migratorio, cuando los migrantes se establecen permanentemente y forman grupos distintos. Los resultados pueden ser muy diferentes, según sean las acciones de las sociedades y los estados receptores. En un extremo, la apertura al establecimiento, la concesión de la ciudadanía y la aceptación gradual de la diversidad cultural pueden permitir que se formen *comunidades étnicas* que serán vistas como parte de una sociedad multicultural. En el otro, la negación de la realidad del establecimiento, no conceder la ciudadanía o no aceptar los dere-

chos de los colonos y el rechazo de la diversidad cultural pueden llevar a la formación de *minorías étnicas* cuya presencia se considera en amplios sectores como indeseable y generadora de divisiones. La mayoría de los países de inmigración han tendido a situarse en un punto intermedio entre estos dos extremos.

Los críticos de la inmigración consideran a las minorías étnicas como una amenaza para el bienestar público, el orden público y la identidad nacional. Aun así, éstas pueden ser de hecho creación de las mismas personas que las temen. Las minorías étnicas se pueden definir como grupos:

- a los que se les ha asignado una posición subordinada en la sociedad por parte de los grupos dominantes, sobre la base de marcas socialmente construidas desde el fenotipo (esto es, la apariencia física o “raza”), los orígenes o la cultura;
- que tienen cierto grado de conciencia colectiva (o sentimiento de ser una comunidad), basado en una creencia, un idioma, tradiciones, religión, historia y experiencias compartidos.

Una minoría étnica es, por tanto, un producto, tanto de la “heterodefinition”, como de la “autodefinition”. La *heterodefinition* significa la adscripción de características indeseables y la asignación de posiciones sociales inferiores por los grupos dominantes. La *autodefinition* se refiere a la conciencia de los miembros del grupo a una pertenencia en común sobre la base de características culturales y sociales compartidas. La fuerza relativa de estos procesos puede variar. Algunas minorías se constituyen sobre todo a partir de procesos de exclusión (a los que puede hacerse referencia como *racismo*) por parte de la mayoría. Otras se constituyen sobre la base de una conciencia cultural e histórica (o *identidad cultural*) entre sus miembros. El concepto de minoría étnica implica siempre cierto grado de marginación o exclusión, lo que lleva a situaciones de conflicto real o potencial. Es raro que la etnicidad sea un tema de importancia política cuando se trata de un simple tema de prácticas culturales de diferentes grupos.

Etnicidad

En el uso popular, la etnicidad se ve, por lo general, como un atributo de los grupos minoritarios, pero la mayoría de los científicos sociales argumentan que todo mundo tiene una etnicidad, definida como sentido de pertenencia a un grupo, basado en ideas de orígenes, historia, cultura, experiencia y valores compartidos (véase Fishman, 1985: 4; Smith, 1986: 27). Estas ideas cambian de manera lenta, lo cual da a la etnicidad durabilidad a lo largo de generaciones

e incluso siglos. Pero eso no significa que la conciencia étnica y la cultura dentro de un grupo sean homogéneas y estáticas. Cohen y Bains argumentan que la etnicidad, a diferencia de la raza, “refiere a un proceso real de individuación histórica —es decir a las prácticas lingüísticas y culturales a través de las cuales se produce y es transmitido un sentido de identidad colectiva o de «raíces», que va de una generación a otra, *y es transformado en el proceso*” (Cohen y Bains, 1988: 24-25, cursivas en el original).

Los orígenes de la etnicidad se pueden explicar de diferentes maneras. Geertz, por ejemplo, la ve como un “apego primordial” que resulta “de haber nacido en una comunidad religiosa particular, hablar un idioma particular, o incluso un dialecto de un idioma y seguir prácticas sociales particulares. Estas congruencias de sangre, habla, costumbre y demás, se ven como si tuvieran por sí mismas una capacidad de coerción inefable y a veces apabullante” (Geertz, 1963, citado en Rex, 1986: 26-27). En esta aproximación, la etnicidad no es un asunto de opción; es algo presocial, casi instintivo, en lo que se nace.

En contraste, muchos antropólogos utilizan un concepto de etnicidad “situacional”. Los miembros de un grupo específico deciden “invocar” la etnicidad como un criterio de autoidentificación en una situación en la que ésta es necesaria o útil. Lo cual explica la variabilidad de las fronteras étnicas y los cambios en su importancia en diferentes momentos. Las marcas escogidas para las fronteras también son variables y por lo general enfatizan las características culturales como el idioma, la historia, las costumbres y la religión compartidas, pero algunas veces incluyen características físicas (Wallman, 1986: 229). En esta visión no existe una diferencia esencial entre establecer fronteras sobre la base de la diferencia cultural o sobre la de la diferencia fenotípica, a la que popularmente se hace referencia como “raza”. Nosotros evitamos utilizar el término “raza” hasta donde nos es posible desde que se da un acuerdo creciente entre biólogos y científicos sociales respecto a que no hay características mensurables entre las poblaciones humanas que permitan clasificarlas en “razas”. La variación genética dentro de cualquier población es mayor que las supuestas diferencias entre diferentes poblaciones. La “raza” es por tanto una construcción social que se genera por el proceso al que nos referimos como racismo.

De manera similar, muchos sociólogos ven la identificación étnica o la movilización, como un proceder racional diseñado para maximizar el poder de un grupo en una situación de competencia de mercado. Tales teorías echan raíces en el concepto de Max Weber de “encierro social”, según el cual un grupo de estatus establece reglas y prácticas para excluir a otros, con la intención de lograr una ventaja competitiva (Weber, 1968: 342). Para Weber (como para Marx), la organización de acuerdo con “criterios afectivos” (como la religión, la

identificación étnica o la conciencia comunitaria), en el largo plazo quizás estaría supeditada a la organización de acuerdo con los intereses económicos (clase) o a la racionalidad burocrática. No obstante, el uso instrumental de estas afiliaciones podría ser racional si condujera a una movilización exitosa.

Otros sociólogos rechazan por completo el concepto de etnicidad y lo ven como “mito” o “nostalgia”, que no puede sobrevivir frente a las fuerzas racionales de la integración económica y social en las sociedades industriales de gran escala (Steinberg, 1981). No obstante, es difícil ignorar la creciente importancia de la movilización étnica, de modo que se han llevado a cabo muchos intentos por mostrar los vínculos entre etnicidad y poder. Los estudios del “avivamiento étnico” de los sociólogos estadounidenses Glazer y Moynihan (1975) y Bell (1975) enfatizan el papel instrumental de la identificación étnica: las características fenotípicas y culturales se utilizan para fortalecer la solidaridad de grupo, con la intención de luchar de manera más efectiva para obtener ventajas en el mercado, o bien una mayor recepción de los recursos provenientes del Estado. Bell ve la movilización étnica como sustituto del decreciente poder de la identificación de clase en las sociedades industriales avanzadas; la decisión de organizarse siguiendo las líneas étnicas parece una “decisión estratégica” casi arbitraria. Esto no implica que marcas como color de piel, idioma, religión, historia y costumbres compartidas no sean reales, sino que la decisión de usarlas para definir un grupo étnico no está predeterminada.

Sea que la etnicidad tenga carácter “primordial”, “situacional” o “instrumental”, es algo que no debe ocuparnos más. El punto es que lleva a la identificación con un grupo específico, pero sus marcas visibles –fenotipo, idioma, cultura, costumbres, religión, comportamiento– se pueden usar además como criterios de exclusión de parte de otros grupos. La etnicidad sólo adquiere significado social y político cuando se le vincula con procesos de establecimiento de fronteras entre los grupos dominantes y las minorías. Convertirse en minoría étnica no es resultado automático de la inmigración, sino consecuencia de mecanismos específicos de marginación que afectan a diferentes grupos de maneras diferentes.

Racismo

El racismo hacia determinados grupos se encuentra prácticamente en todos los países de inmigración. Se puede definir como el proceso por el cual los grupos sociales clasifican a otros grupos como diferentes o inferiores, sobre la base de marcas fenotípicas o culturales. Este proceso implica el uso del poder económico, social o político, que por lo general tiene el propósito de legitimar la explotación o la exclusión de un grupo definido.

El racismo significa hacer predicciones (y actuar de acuerdo con ellas) acerca del carácter de las personas, habilidades o comportamiento con base en marcas de diferencia socialmente construidas. El poder del grupo dominante se sostiene por estructuras en desarrollo (las leyes, las policías y las prácticas administrativas), las cuales excluyen o discriminan frente al grupo dominante. Este aspecto del racismo por lo general se conoce como racismo institucional o estructural. Las actitudes racistas y el comportamiento discriminatorio por parte de los miembros del grupo dominante se conocen como racismo informal. Muchos científicos sociales utilizan ahora el término “racialización” para referirse a los discursos públicos que implican que un conjunto de los problemas sociales o políticos son una consecuencia “natural” de ciertas características físicas o culturales adscritas de los grupos minoritarios. La racialización puede utilizarse para abordar la construcción social de un grupo específico como un problema o en el sentido más amplio de la “racialización de la política” o la “racialización del espacio urbano”.

En algunos países, en particular Alemania y Francia, hay resistencia a hablar de racismo. Se usan eufemismos como “hostilidad ante los extranjeros”, “etnocentrismo” o “xenofobia”. Pero el debate acerca de la etiqueta parece estéril: es más importante entender el fenómeno y sus causas. El racismo opera de formas diferentes según la historia específica de cada sociedad y los intereses del grupo dominante. En muchos casos, las supuestas diferencias biológicas no son las únicas marcas: cultura, religión, idioma u otros factores se toman como indicadores de diferencias fenotípicas. Por ejemplo, el racismo antimusulmán en Europa se basa en símbolos culturales que, sin embargo, están vinculados con marcas fenotípicas (como los rasgos árabes o africanos).

La explicación histórica para el racismo en Europa occidental y en las sociedades de asentamientos poscoloniales (como Australia) descansa en las tradiciones, ideologías y prácticas culturales que se han desarrollado a través de conflictos étnicos asociados con la construcción de la nación y la expansión colonial (cfr. Miles, 1989). Las razones del incremento reciente en el racismo descansan en cambios económicos y sociales fundamentales que cuestionan la visión optimista del progreso encarnado en el pensamiento occidental. Desde principios de la década de los setenta, la reestructuración económica y el creciente intercambio cultural internacional se han experimentado por varios sectores de la población como una amenaza directa a su forma de vida, sus condiciones sociales e identidad. Dado que estos cambios han coincidido con la llegada de nuevas minorías étnicas, la tendencia ha sido percibir a los recién llegados como causa de los cambios amenazadores: interpretación estimulada con gusto no sólo por la extrema derecha, sino también por los políticos de las corrientes dominantes.

Por otra parte los cambios reales que amenazaban perjudicar secciones de la población también disminuyeron el movimiento laboral y la cultura de clase obrera, que puede, de otra forma, haber proporcionado algunas medidas de protección. La decadencia de los partidos laborales y los gremios de obreros de los sistemas comunicativos locales han creado el espacio social para que el racismo se vuelva más virulento (Wieviorka, 1995; Vasta y Castles, 1996). No pretendemos ser originales con respecto a esta definición y discusión del racismo. Nuestra discusión está orientada por los actuales debates sociológicos, los que han generado un gran cuerpo de literatura. Véase, por ejemplo, CCCS (1982); Rex y Mason (1986); Cohen y Bains (1988); Miles (1989); Wieviorka (1991, 1992); Solomos (1993); Goldberg y Solomos (2002). No hay unanimidad entre los científicos sociales acerca de la definición y la explicación correctas del racismo, pero no tenemos espacio aquí para una discusión más detallada de estos asuntos.

Etnicidad, clase, género y ciclo de vida

Las divisiones raciales y étnicas son nada más un aspecto de la diferenciación social. Otros incluyen la clase social, el género y la posición en el ciclo de vida. Ninguna de estas distinciones puede reducirse a cualquier otra, a pesar de que se cruzan e interactúan en forma constante, afectando las oportunidades vitales, los estilos de vida, la conciencia cultural y social. Los grupos inmigrantes y las minorías étnicas son, simplemente, tan heterogéneos como el resto de la población. El migrante es un sujeto con género, incorporado en una amplia gama de relaciones sociales.

En los primeras etapas de la movilidad laboral internacional posterior a 1945, el nexo vital parecía ser el existente entre la migración y la clase. La migración era analizada en términos de los intereses de diversos sectores del trabajo y el capital (Castles y Kosack, 1985) o bien de la incorporación de diferentes tipos de trabajadores en mercados laborales segmentados (Piore, 1979). La migración internacional sigue siendo un factor importante que ayuda a conformar los patrones del mercado laboral y las relaciones de clase (véase capítulo 8). Empero, hay una conciencia en desarrollo de los vínculos críticos entre clase, etnicidad y género.

Incluso, en las etapas iniciales, el papel de la mujer para mantener a las familias y reproducir los trabajadores en el país de origen era crítico para los beneficios económicos de la migración laboral. Además, una gran proporción de los trabajadores migrantes eran femeninos. Como señala Phizacklea (1983: 5), es muy fácil adscribir inferioridad a las trabajadoras migrantes sólo porque sus papeles primarios en las sociedades patriarcales se definían como esposa y madre,

dependientes de un sostén masculino. Por ello se les podían pagar sueldos más bajos y ser controladas con más facilidad que a los hombres. Desde los años setenta la reestructuración y el desempleo han hecho que para algunas minorías el empleo pleno sea más la excepción que la regla. Las altas tasas de desempleo entre la juventud de las minorías étnicas ha significado que “ellos no sean los desempleados, sino los nunca empleados” (Sivanandan, 1982: 49). Los miembros de las minorías étnicas han experimentado el racismo por parte de algunos trabajadores blancos, por tanto, encuentran difícil definir su conciencia política en términos de conciencia de clase.

La experiencia de trabajo de las mujeres migrantes con frecuencia es diferente a la de los hombres. Tienden a estar sobrerrepresentadas en las ocupaciones menos deseables, como el trabajo repetitivo en las fábricas y en las posiciones que requieren poca capacitación en los sectores de personal y servicios comunitarios. Sin embargo, en años recientes se ha dado cierta movilidad hacia trabajos burocráticos, en parte a consecuencia de la disminución de la manufactura. El empleo profesional con frecuencia se vincula con los papeles tradicionales de cuidado de los demás. Las mujeres de las minorías han experimentado la casualización del empleo e incremento en el desempleo (lo que a menudo no aparece en las estadísticas dada su condición de “dependientes”).

Se han desarrollado complejos patrones de división del trabajo siguiendo las líneas étnicas y de género (Waldinger *et al.*, 1990). En un estudio de la industria del vestido en los países europeos, Phizacklea (1990: 72-93) argumentaba que esta industria era capaz de sobrevivir a pesar de la nueva división global del trabajo, por medio del desarrollo de “redes de subcontratación”: grandes compañías de venta al detalle eran capaces de presionar para que bajaran los precios las pequeñas firmas controladas por los empresarios étnicos masculinos, dado que su posición en el mercado estaba limitada por la discriminación racial. Estos empresarios podían a su vez utilizar las relaciones de poder patriarcal y la vulnerable posición legal de las mujeres inmigrantes, para poner en práctica en los talleres y el detallado, el pago de sueldos extremadamente bajos, además de malas condiciones de trabajo. Collins *et al.* (1995: 180-181) presentan una imagen similar en Australia de los vínculos entre la racialización y el género en los pequeños negocios étnicos.

El racismo, el sexismo y el dominio de clase son tres formas específicas de “normalización y exclusión sociales”, intrínsecas al capitalismo y la modernidad que se han desarrollado en estrecha relación recíproca (Balibar, 1991: 49). Tanto el racismo como el sexismo implican predecir el comportamiento social sobre la base de características biológicas o culturales supuestamente fijas. Según Essed, el racismo y el sexismo “se intercalan y combinan estrechamente bajo

ciertas condiciones para volverse un fenómeno híbrido. Por tanto, es útil hablar de *racismo sexuado* para referirse a la opresión racista de las mujeres negras, según se estructura en las percepciones racistas y etnicistas de los roles de género (Essed, 1991: 31, cursivas en el original).

Anthias y Yuval-Davis (1989) analizan los vínculos entre las relaciones de género y la construcción de la nación y la comunidad étnica. Las mujeres no son nada más las reproductoras biológicas de un grupo étnico, sino también las “portadoras culturales” que juegan el papel clave en la transmisión del idioma y los símbolos culturales a la juventud (véase también Vasta, 1990, 1992). En los discursos nacionalistas las mujeres sirven como encarnación simbólica de la unidad nacional y el rango de distinción. Nutren y apoyan a los guerreros-ciudadanos (varones). En la derrota y el sufrimiento, la nación es representada como una mujer en peligro. Ese simbolismo legitima la inferioridad política de las mujeres: encarnan a la nación mientras que los hombres la representan política y militarmente (Lutz *et al.*, 1995).

El papel del género en el enclaustramiento étnico se hace evidente en las reglas de inmigración, que aún con frecuencia tratan a los hombres como los principales inmigrantes, mientras que a las mujeres y a los niños se les considera meros “dependientes”. Gran Bretaña ha utilizado medidas que distingan por género para limitar el crecimiento de la población negra. En los años setenta, las mujeres del subcontinente hindú que llegaban a reunirse con sus esposos o novios eran sujetas a “pruebas de virginidad” en el aeropuerto de Heathrow. Las autoridades evitaron además que las mujeres afrocaribeñas y asiáticas ingresaran a sus maridos, con el argumento de que el “lugar natural de residencia” de la familia sería el domicilio del marido (Klug, 1989: 27-29). En muchos países, las mujeres que entran como dependientes no tienen derecho a la residencia por sí mismas y pueden enfrentar la deportación si se divorcian.

Las etapas del ciclo de vida –niñez, juventud, madurez, edad avanzada y ancianidad– también son determinantes significativas de las posiciones económica y social, la cultura y la conciencia. Con frecuencia existe un abismo entre las experiencias de la generación migrante y las de sus hijos, quienes crecieron y fueron a la escuela en el nuevo país. La juventud de las minorías étnicas puede hacerse consciente de la contradicción entre las ideologías predominantes de igualdad de oportunidades y la realidad de la discriminación y el racismo en su vida cotidiana. Esto puede llevar al surgimiento de contraculturas y a la radicalización política. A su vez, esta juventud de minorías étnicas es percibida como una “bomba de tiempo social” o amenaza al orden público que debe contenerse por medio de instituciones de control social como la policía, las escuelas y las burocracias de la beneficencia (véase capítulo 9).

Cultura, identidad y comunidad

En el contexto de la globalización, la cultura, la identidad y la comunidad, con frecuencia sirven como foco de resistencia a las fuerzas centralizadoras y homogeneizadoras (Castells, 1997). Éstos se han tornado temas centrales en los debates de las nuevas minorías étnicas. En primer lugar, como se esbozó ya, la diferencia cultural sirve como una marca de las fronteras étnicas. En segundo, las culturas étnicas desempeñan un papel central en la formación de comunidades, cuando los grupos étnicos se concentran, establecen sus propios barrios marcados por el uso distintivo de los espacios privado y público. En tercero, los barrios étnicos son percibidos por algunos miembros del grupo mayoritario como la confirmación de sus temores a “la invasión de los extranjeros”. Las comunidades étnicas son vistas como una amenaza a la cultura dominante y a la identidad nacional. En cuarto lugar, los grupos dominantes pueden ver a las culturas migrantes como primordiales, estáticas y regresivas. La conservación lingüística y cultural se considera prueba de la incapacidad para adaptarse a una sociedad industrial avanzada. Quienes no se asimilan “son culpables por sí solos” de sus posiciones marginadas.

Para las minorías étnicas, la cultura desempeña un papel clave como fuente de identidad, foco de resistencia a la exclusión y la discriminación. La referencia a la cultura de origen ayuda a la gente a mantener la autoestima en una situación en la que sus capacidades y experiencias se ven minusvaloradas. Pero una cultura estática, primordial, no puede cumplir esta tarea, ya que no proporciona orientación en un ambiente hostil. La naturaleza dinámica de la cultura descansa en su capacidad de vincular la historia y las tradiciones de un grupo con la situación real en el proceso migratorio. Las culturas migrantes o minoritarias son recreadas constantemente sobre la base de las necesidades y experiencias del grupo y su interacción con el ambiente social real (Schierup y Ålund, 1987; Vasta *et al.*, 1992). Una regresión aparente, por ejemplo hacia el fundamentalismo religioso, puede ser precisamente el resultado de una forma de modernización que se ha experimentado como discriminatoria, explotadora o destructora de la identidad.

Es necesario, por lo tanto, entender el desarrollo de las culturas étnicas, la estabilización de las identidades personales y de grupo y la formación de comunidades étnicas como facetas de un solo proceso. Éste no se encuentra autocontenido: depende de una constante interacción con el Estado, las diversas instituciones y grupos en el país de inmigración, al igual que con la sociedad del país de origen. Los inmigrantes y sus descendientes no tienen una identidad étnica estática, cerrada y homogénea, sino que poseen, en cambio, *identidades múltiples*, influidas por una variedad de factores culturales, sociales y de otros tipos.

El concepto de *cultura e identidad nacionales* se ha vuelto dudoso. La creciente integración económica y cultural lleva a una homogeneización y fragmentación simultáneas de la cultura. A medida que las compañías multinacionales se apoderan de los artefactos de las culturas locales y los reempacan, es posible consumir toda clase de productos culturales en el lugar que sea, pero al mismo tiempo éstos pierden su significado como símbolos de identidad grupal. Las culturas nacionales o étnicas pierden su carácter distintivo y se convierten en una celebración más del dominio cultural del aparato industrial internacional. De ahí la constante búsqueda de nuevas subculturas, estilos y fuentes de identidad, en particular de parte de la juventud.

Gilroy ve el foco de esta recreación de la cultura en los movimientos sociales de las comunidades locales, asimismo en las subculturas juveniles. Argumento que los legados de las luchas anticoloniales se han reformulado en Gran Bretaña en la reproducción de las clases y “razas” que se convierten en cultura juvenil:

Las instituciones que crean templos, iglesias, clubes, cafés y tipos de baile, confunden cualquier idea eurocéntrica de dónde ha de trazarse la línea que divide a la política y la cultura. La distinción entre las esferas pública y privada atraviesa la vida de sus hogares y comunidades de manera similar. La solidaridad tradicional media entre las instituciones y las adapta al sistema político británico frente al cual ésta se define (Gilroy, 1987: 37).

La cultura se politiza cada vez más en todos los países de inmigración. A medida que las ideas de superioridad racial pierden su fuerza ideológica, las prácticas de exclusión contra las minorías se enfocan cada vez más en los temas de la diferencia cultural. Al mismo tiempo, la política de resistencia de las minorías cristaliza más y más en torno a los símbolos culturales. No obstante, estos símbolos se basan sólo parcialmente en formas importadas de etnicidad: su principal poder como definidores de la comunidad y la identidad, proviene de la incorporación de nuevas experiencias de grupos étnicos minoritarios en el país de inmigración.

Estado y nación

Las migraciones a gran escala y la creciente diversidad pueden tener efectos importantes en las instituciones políticas y la identidad nacional. En el mundo contemporáneo, los estados-nación (de los que hay unos 200) constituyen la forma predominante de organización política. Derivan su legitimidad de su declaración de representar las aspiraciones de su pueblo (o ciudadanos). Esto im-

plica dos afirmaciones más: que el consenso cultural de fondo permite el acuerdo sobre los valores o intereses del pueblo y que hay un proceso democrático para que se exprese la voluntad de los ciudadanos. Tales afirmaciones con frecuencia son lemas vacíos, ya que la mayoría de los países están marcados por la heterogeneidad basada en la etnicidad, la clase y otras divisiones. Sólo una minoría de países utiliza mecanismos democráticos de manera consistente para resolver los conflictos de valores e intereses. No obstante, el Estado-nación democrático se ha convertido en la norma global.

La inmigración de personas culturalmente diversas enfrenta a los estados-nación con un dilema: la incorporación de los recién llegados como ciudadanos puede minar los mitos de la homogeneidad cultural; pero el no incorporarlos puede llevar a sociedades divididas, señaladas por una severa desigualdad y por el conflicto. Este problema surge del carácter del Estado-nación según se desarrolló en Europa occidental y América del norte, en el contexto de la modernización, la industrialización y el colonialismo. Los estados premodernos basaban su autoridad en el poder absoluto de un monarca sobre un territorio específico. Dentro de esta área, la población está sujeta al monarca (en vez de ser ciudadanos). No había un concepto de cultura nacional que trascendiera el abismo entre gobernantes aristocráticos y campesinos. El moderno Estado-nación, en contraste, implica un estrecho vínculo entre la pertenencia cultural y la identidad política (Castles y Davidson, 2000).

Un Estado, según Seton-Watson (1977: 1), “es una organización legal y política con poder para exigir obediencia y lealtad a sus ciudadanos”. Regula las relaciones económicas, políticas y sociales en un territorio delimitado. La mayoría de los estados-nación está formalmente definida por una constitución y leyes, de acuerdo con las cuales todo el poder deriva del pueblo (o la nación). Por lo tanto, es esencial definir quién pertenece al pueblo. La membresía está marcada por el estatus de ciudadanía, que establece derechos y obligaciones. Los no ciudadanos quedan excluidos de al menos algunos de éstos. La ciudadanía es el vínculo esencial entre el Estado y la nación y obtener la ciudadanía es de vital importancia para los recién llegados a un país.

Seton-Watson describe la nación como “una comunidad de personas, cuyos miembros están ligados por un sentido de solidaridad, una cultura común y una conciencia nacional” (Seton-Watson, 1977: 1). Estos fenómenos esencialmente subjetivos son difíciles de medir. Además, no queda claro cómo difiere la nación respecto a un grupo étnico, que se define de manera muy similar (véase arriba). Anderson aporta una respuesta con la definición de la nación: “es una comunidad política imaginada –e imaginada a la vez como inherentemente limitada y soberana” (Anderson, 1983: 15). Este concepto apunta al carácter político de la nación y sus vínculos con un territorio específico: un grupo

étnico que logra soberanía en un territorio delimitado se convierte en una nación y establece un Estado-nación. De acuerdo con Smith (1991: 14): “una nación puede... definirse como una población humana con nombre que comparte un territorio histórico, mitos y memorias históricas comunes, una masa, cultura pública, una economía común y derechos y deberes legales comunes para todos sus miembros”.

Anderson (1983) considera al Estado-nación como un fenómeno moderno que nace al mismo tiempo que la Constitución estadounidense de 1787. Gellner (1983) argumenta que las naciones no podían existir en las sociedades premodernas debido a la brecha entre las élites y los campesinos, mientras que las modernas sociedades industriales requieren homogeneidad cultural para funcionar y, por tanto, generar las ideologías necesarias para crear las naciones. No obstante, Seton-Watson (1977) y Smith (1986) afirman que la nación es de mucha mayor antigüedad y se remonta a las antiguas civilizaciones de Asia oriental, el Medio Oriente y Europa. Estos autores parecen estar de acuerdo en que la nación es esencialmente un sistema de creencias basado en nexos culturales y sentimientos, que otorgan un sentido de identidad y pertenencia que se pueden pensar como conciencia nacional.

El vínculo de la conciencia nacional con el principio de la democracia es específico del moderno Estado-nación: toda persona que sea calificada como miembro de la comunidad nacional tiene un derecho similar en la formulación de la voluntad política. Este vínculo de la nacionalidad y la ciudadanía es profundamente contradictorio. En la teoría liberal se propone que todos los ciudadanos son personas libres e iguales a las que se trata de manera homogénea dentro de la esfera política. Lo anterior necesita de una separación entre los derechos y las obligaciones políticos de una persona y la membresía de grupos específicos basada en la etnicidad, la religión, la clase social o la situación regional. La esfera política se caracteriza por el universalismo, lo que significa hacer abstracción de la particularidad y la diferencia culturales. La diversidad ha de restringirse a la “identidad no pública” (Rawls, 1985: 232-241).

Esto entra en conflicto con la realidad de la formación del Estado-nación, donde, no obstante, ser ciudadano depende de la membresía en una cierta comunidad nacional, basada por lo general en el grupo étnico dominante del territorio al que se hace mención. Por ello, un ciudadano es también siempre un miembro de una nación, un nacional. Las ideologías nacionalistas exigen que el grupo étnico, la nación y el Estado sean facetas de la misma comunidad y tengan los mismos límites: todo grupo étnico habría de constituirse como nación y debería tener su propio Estado, con los atavíos del caso: bandera, ejército, equipo olímpico y sellos postales. De hecho, tal congruencia rara vez se ha

logrado: el nacionalismo ha sido siempre una ideología que intenta lograr esa condición en vez de ser el estado real de las cosas.

La construcción de los estados-nación ha involucrado la extensión espacial del poder del Estado y la incorporación territorial de los que hasta ese momento eran grupos étnicos distintos. Con el tiempo, éstos pueden unirse o no en una sola nación. Los intentos por consolidar el Estado-nación pueden significar, para los grupos minoritarios, la exclusión, la asimilación o incluso el genocidio. Es posible conservar grupos relativamente pequeños en situaciones de subyugación y exclusión permanentes en relación con la “comunidad imaginada”. Esto se ha aplicado por ejemplo a los judíos y gitanos en diversos países europeos, a los pueblos indígenas en las colonias y a los descendientes de los esclavos y trabajadores por contrato en algunas áreas de colonización europea. La dominación política y la exclusión cultural resultan mucho más difíciles si la nación subyugada conserva una base territorial, como los escoceses, galeses e irlandeses en el Reino Unido y los vascos en España.

La experiencia de las “minorías históricas” ha contribuido a moldear las estructuras y las actitudes que afectan las condiciones de los nuevos grupos inmigrantes. El difundido miedo a los *guetos* o “enclaves étnicos” indica que las minorías parecen más amenazantes cuando se concentran en áreas específicas. Para los nacionalistas, un grupo étnico es una nación potencial que (todavía) no controla territorio alguno o que no tiene su propio Estado. La mayoría de los estados modernos han hecho esfuerzos conscientes por lograr la integración cultural y política de las minorías. Tales mecanismos incluyen la ciudadanía misma, las instituciones políticas centralizadas, la propagación de las lenguas nacionales, los sistemas de educación universal y la creación de instituciones nacionales como el ejército o una Iglesia establecida (Schnapper, 1991, 1994). En todas partes el problema es similar, se trate de minorías “viejas” o “nuevas”: ¿cómo puede definirse una nación si no es en términos de una identidad étnica compartida (y única)?, ¿cómo han de establecerse los valores y normas de comportamiento si hay una pluralidad de culturas y tradiciones?

Tratar la diversidad se ha hecho aún más difícil en la era de la globalización. En los estados-nación del siglo XIX y principios del XX, la política, la economía, las relaciones sociales y la cultura estaban organizadas todas dentro de las mismas fronteras. Incluso los movimientos a favor del cambio, como el movimiento laboral o los partidos de izquierda, basaban sus estrategias en el Estado-nación. La globalización ha desestabilizado este modelo. La dinámica de la vida económica trasciende ahora las fronteras y se ha hecho cada vez menos controlable para los gobiernos nacionales. La desindustrialización de las antiguas naciones industriales ha llevado a profundos cambios sociales. El Estado-

nación todavía es la unidad básica para la defensa, el orden público y el bienestar, pero su espacio para la acción autónoma se ha reducido severamente. Ningún gobierno puede establecer políticas que ignoren los imperativos de los mercados globales. El nexo entre el poder y las fronteras nacionales está disminuyendo.

Ciudadanía

Los estados de los países de inmigración han tenido que establecer una gama de políticas e instituciones para responder a los problemas de una creciente diversidad étnica (véase Aleinikoff y Klusmeyer, 2000, 2001). Éstos se relacionan con ciertos temas centrales: definir quién es ciudadano, cómo los recién llegados pueden convertirse en ciudadanos y qué significa la ciudadanía. En principio, el Estado-nación permite sólo una membresía única, pero los inmigrantes y sus descendientes tienen relación con más de un Estado. Pueden ser ciudadanos de uno o dos estados y vivir en otro. Estas situaciones pueden conducir a “lealtades divididas” y debilitar la homogeneidad cultural que establece el ideal nacionalista. De ahí que el establecimiento a gran escala lleve inevitablemente a un debate sobre la ciudadanía.

La ciudadanía designa igualdad de derechos para todos los ciudadanos dentro de la comunidad política, al igual que el correspondiente conjunto de instituciones que garantizan estos derechos (Bauböck, 1991: 28). Sin embargo, la igualdad formal raramente conlleva igualdad en la práctica. Por ejemplo, la ciudadanía siempre ha significado algo diferente para los hombres y para las mujeres, debido a que el concepto de ciudadano se fundamenta en el padre de familia, un varón que representa a su mujer y a sus hijos (Anthias y Yuval-Davis, 1989). El ciudadano por lo general ha sido definido en términos de las culturas, valores e intereses del grupo étnico mayoritario. Al final de cuentas, explícita o implícitamente, con frecuencia ha sido concebido en términos de clase, de manera que obtener derechos reales de participación para los miembros de la clase trabajadora ha sido una de las tareas históricas centrales del movimiento laboral. La historia de la ciudadanía, por tanto, es la de los conflictos respecto al contenido real de la categoría en términos de los derechos civiles, políticos y sociales (Marshall, 1964).

No obstante, la primera preocupación para los inmigrantes no es el contenido exacto de la ciudadanía, sino de qué manera obtenerla, con objeto de lograr un estatus legal que les conceda igualdad formal con los otros residentes. Este acceso ha variado considerablemente en diferentes países según el concepto prevaleciente de nación. Podemos distinguir los siguientes tipos ideales de ciudadanía.

1. El modelo imperial: define la pertenencia a la nación en términos de ser un súbdito del mismo poder o gobernante. Esta noción es anterior a las revoluciones francesa y americana. Permitió la integración de diversos pueblos de imperios multiétnicos (el británico, el austrohúngaro y el otomano). Este modelo siguió funcionando formalmente en Gran Bretaña hasta el Acta de la Nacionalidad de 1981, la que creaba por primera vez un tipo moderno de ciudadanía. También tuvo cierta validez para la antigua Unión Soviética. El concepto casi siempre tiene un carácter ideológico, en la medida que ayuda a ocultar el dominio real de un grupo étnico o nación particular sobre los demás pueblos que pertenecen al conjunto de los súbditos.
2. El modelo *folk* o étnico: define la pertenencia a la nación en términos de etnicidad (ascendencia, idioma y cultura comunes), lo que implica la exclusión de las minorías del ámbito de la ciudadanía y de la comunidad de la nación (Alemania estuvo cerca de este modelo hasta la introducción de las nuevas reglas de ciudadanía en 2000).
3. El modelo republicano: define la nación como una comunidad política, basada en una constitución, leyes y ciudadanía, con la posibilidad de admitir a los recién llegados a la comunidad, suponiendo que se adhieran a las reglas políticas y que deseen adoptar la cultura nacional. Esta aproximación asimilacionista data de las revoluciones francesa y americana. Francia es el ejemplo actual más evidente.
4. El modelo multicultural: define la nación como una comunidad política que se fundamenta en una constitución, leyes y ciudadanía, con la posibilidad de admitir en la comunidad a los recién llegados, mismos que pueden conservar diferencias culturales y formar comunidades étnicas bajo la premisa de que se adhieran a las reglas políticas. Esta aproximación pluralista o multicultural se tornó dominante en los años setenta y ochenta en Australia, Canadá y Suecia y también fue influyente en otros países de occidente. No obstante, en muchos lugares se dio una tendencia a alejarse del multiculturalismo durante los noventa.

Todos estos tipos ideales tienen un factor en común: están fundamentados en ciudadanos que pertenecen a un solo Estado-nación. El establecimiento de migrantes es visto como un proceso de transferencia de una lealtad primaria del Estado de origen al nuevo Estado de residencia. Este proceso, que puede ser de larga duración e incluso abarcar generaciones, está marcado simbólicamente por la naturalización y la adquisición de la ciudadanía del nuevo Estado. La teoría transnacional (véase arriba) afirma que esto ya no se aplica para grupos cada vez mayores de migrantes que forman comunidades transnacionales y mantienen fuertes filiaciones a través de las fronteras

–posiblemente a lo largo de generaciones. Esto se ve como desafío a los modelos tradicionales de la identidad nacional. De ahí que parezca surgir un tipo ideal adicional de ciudadanía.

5. El modelo transnacional: las identidades sociales y culturales trascienden las fronteras nacionales y conducen a formas múltiples y diferenciadas de pertenencia. El transnacionalismo podría tener importantes consecuencias futuras para las instituciones democráticas y la pertenencia política. Esto se corresponde con el hecho de que, a través de la globalización, una gran parte del poder político y económico se traslada a las corporaciones transnacionales y a las agencias internacionales, las que en la actualidad no están abiertas al control democrático (Castles y Davidson, 2000). La supervivencia de la democracia puede depender de encontrar formas de inclusión de personas con identidades múltiples en una gama de comunidades políticas. También significa asegurar la participación ciudadana en nuevos lugares de poder, sea en los ámbitos supranacionales o subnacionales, públicos o privados.

El grado en que se aplican estos modelos en países específicos se discutirá con mayor detalle en el capítulo 9. De hecho, no son aceptados universalmente, ni son estáticos, incluso dentro de un mismo país (Bauböck y Rundell, 1998: 1273). Además, la distinción entre ciudadanos y quienes no lo son se torna cada vez menos tajante. Los inmigrantes que durante muchos años han residido legalmente en un país, con frecuencia pueden obtener un estatus especial equivalente a la “casi-ciudadanía”. Esto puede conferirles derechos como un estatus residencial seguro, derecho al trabajo, a la búsqueda de empleo y a establecer negocios, posibilidad de acceso a los beneficios de la seguridad social, los servicios de salud, a la educación y la capacitación, derechos políticos limitados, como los de asociación y de asamblea. En algunos países los residentes extranjeros de larga data tienen derecho al voto en las elecciones locales. Estos arreglos generan una nueva condición legal que es más que la de un extranjero, pero menos que la de un ciudadano. Hammar (1990: 15-23) ha sugerido el término *denizen* para “quienes son ciudadanos extranjeros con un estatus legal y permanente como residente”. Esto se aplica a millones de residentes extranjeros de larga data en Europa occidental, de hecho, muchos de ellos nacieron en sus países de residencia.

Un elemento más del surgimiento de la casi-ciudadanía es el desarrollo de parámetros internacionales de derechos humanos, según los han establecido organismos como las Naciones Unidas, la ILO y la Organización Mundial de Co-

mercio (OMC). Toda una gama de derechos civiles y sociales están garantizados por igual para los ciudadanos y quienes no lo son en los estados que adoptan estas normas internacionales (Soysal, 1994). No obstante, la protección legal que proporcionan las convenciones internacionales puede ser deficiente cuando los estados no incorporan las normas en sus códigos nacionales, a pesar de que ratifican las convenciones.

La UE aporta el ejemplo de mayor alcance para la ciudadanía transnacional. El Tratado de Maastricht de 1991 estableció la noción legal de ciudadanía de la Unión Europea, que incluye los siguientes derechos individuales:

- libertad de movimiento y residencia en el territorio de los estados miembros;
- derecho a votar y ser votados en el Estado de residencia, en elecciones locales y las del parlamento europeo;
- derecho a la protección diplomática en un tercer país, por parte de los funcionarios consulares de cualquier Estado de la UE;
- derecho de petición ante el parlamento europeo y la posibilidad de apelar ante un *ombudsman* (Martiniello, 1994: 31).

Empero, los ciudadanos de la UE que viven en otro Estado miembro, no tienen derecho a votar en las elecciones para el parlamento nacional de ese Estado. Las personas que dependen de la seguridad social no tienen derecho a establecerse en otro país miembro; y el acceso al empleo público todavía se restringe, con frecuencia, a los nacionales (Martiniello, 1994: 41). Por lo pronto, parece más adecuado tratar a la ciudadanía de la UE como un caso de casi-ciudadanía. Su carácter limitado se hace aún más claro por el hecho de que un “pasaporte de la UE” es todavía legalmente un pasaporte de uno de los países miembros. Hasta el momento, la ciudadanía de la UE no ha hecho cosa alguna en favor de la mayoría de los inmigrantes que provienen de fuera de la UE. Sin embargo, el proceso de integración europea continúa: el Tratado de Ámsterdam de 1997 (artículo 63), establece la competencia de la comunidad en las áreas de la migración y el asilo, y traza los principios para una política común por parte de la reunión del Consejo Europeo en Tampere durante 1999. La nueva política –que se planea entre en vigor en el año 2004– puede significar criterios comunes de ingreso para los inmigrantes y refugiados y libertad de movimiento dentro de la UE para los nacionales de terceros países que residan legalmente.

La pregunta a largo plazo es si los estados democráticos podrán operar exitosamente con una población que se diferencia en ciudadanos plenos, casi ciudadanos y extranjeros. El principio central del Estado democrático es que

todos los miembros de la sociedad civil han de incorporarse en la comunidad política. Esto significa darles plena ciudadanía a todos los residentes permanentes. Es probable que las migraciones continúen y que exista un número creciente de personas con filiaciones a más de una sociedad. La ciudadanía doble o múltiple se dará cada vez con mayor frecuencia. De hecho, casi todos los países de inmigración han cambiado sus reglas de ciudadanía en los últimos 40 o 50 años, algunos de ellos varias veces. Cada vez es mayor el número de países que acepta la doble ciudadanía (al menos en cierto grado). Un foco importante de la reforma es la introducción de medidas para integrar a la segunda generación en la comunidad política, a través de la ciudadanía por derecho de nacimiento o a través de una naturalización más expedita (véanse Aleinikoff y Klusmeyer, 2000; Castles y Davidson, 2000: capítulo 4). La consecuencia es que el significado de la ciudadanía probablemente haya de cambiar y que el vínculo exclusivo con un Estado-nación se haga más tenue. Esto podría llevar a alguna forma de “ciudadanía transnacional”, como sugiere Bauböck (1994). Pero al mismo tiempo hace surgir la pregunta de cómo regularán los estados la inmigración si la ciudadanía se hace más universal.

Conclusión

Este capítulo se ha ocupado de algunas de las explicaciones teóricas de la migración y de la formación de minorías étnicas. Un argumento central es que la migración y el establecimiento están relacionados de manera estrecha con otros vínculos económicos, políticos y culturales que se forman entre diferentes países en un acelerado proceso de globalización. La migración internacional –en todas sus formas– se debe ver como parte integral de los desarrollos mundiales contemporáneos. Es probable que crezca en volumen en los años por venir debido a las fuertes presiones de la continua integración global.

Un segundo argumento es que el proceso migratorio tiene cierta dinámica interna que se basa en las redes sociales que lo fundamentan. Ésta puede conducir a desarrollos que no formaban parte de las intenciones de los migrantes mismos o de los estados involucrados. La consecuencia más común de un movimiento migratorio, cualquiera que sea su carácter inicial, es el establecimiento de una proporción significativa de los migrantes y la formación de comunidades o minorías étnicas en el nuevo país. De ahí el surgimiento de sociedades que son más diversas étnica y culturalmente, pero que pueden verse como resultado de inevitables decisiones iniciales de reclutar trabajadores extranjeros o permitir la inmigración.

Un tercer argumento es que cantidades crecientes de migrantes internacionales no simplemente se trasladan de una sociedad a otra, sino que conservan vínculos recurrentes y significativos en dos o más lugares. Forman comunidades transnacionales que viven a ambos lados de las fronteras. Esta tendencia se facilita por la globalización, tanto el mejoramiento del transporte y la tecnología de las comunicaciones como a través de la difusión de valores culturales globales. Las comunidades transnacionales abarcan en la actualidad sólo una minoría de los migrantes pero en el largo plazo pueden tener consecuencias enormes para la identidad social y las instituciones políticas.

El cuarto argumento tiene que ver con la naturaleza de las minorías étnicas y el proceso por el cual se forman. La mayoría de las minorías se forman por una combinación de heterdefinición y autodefinición. La heterdefinición se refiere a las diversas formas de exclusión y discriminación (o racismo). La autodefinición tiene un doble carácter. Incluye la afirmación y la recreación de la identidad étnica, centrada en los símbolos y prácticas culturales previos a la migración. Incluye, además, la movilización política en contra de la exclusión y la discriminación, echando mano de los símbolos y prácticas culturales de manera instrumental. Cuando se dan el establecimiento y la formación de la minoría étnica en momentos de crisis económica y social, pueden tornarse altamente politizadas. Los temas de la cultura, la identidad y la comunidad pueden alcanzar gran significado, no sólo para los inmigrantes, sino también para la sociedad receptora en su conjunto.

El quinto argumento se centra en la importancia de la inmigración para el Estado-nación. Parece probable que una creciente diversidad étnica contribuya a los cambios en las instituciones políticas centrales, como la ciudadanía y pueda afectar la naturaleza misma del Estado-nación.

Estas conclusiones teóricas ayudan a explicar la creciente importancia política de los temas relacionados con la migración y las minorías étnicas. Los movimientos migratorios de los últimos 50 años conllevan cambios irreversibles en muchos países. La continuación de las migraciones dará origen a nuevas transformaciones, tanto en las sociedades ya afectadas como en otros países que entran ahora en la arena de la migración internacional. Los relatos más descriptivos que siguen proporcionarán una base para la discusión posterior de estas ideas. Los capítulos 2 al 6 tratan sobre todo las primeras etapas del proceso migratorio, muestran cómo los movimientos iniciales dan lugar a cadenas migratorias y al establecimiento a largo plazo. Los capítulos 7 al 10 abordan de manera prioritaria las etapas posteriores del proceso migratorio. Se discuten ahí las maneras en que el establecimiento y la formación de minorías afectan las economías, las sociedades y los sistemas políticos de los países de inmigración.

Lecturas recomendadas

Entre los muchos trabajos recientes sobre globalización, los siguientes constituyen introducciones de utilidad: Castells (1996, 1997, 1998), Held *et al.*, (1999), Bamann (2000) y Cohen y Kennedy (2000). Dos obras recientes ofrecen visiones panorámicas de la teoría de la migración internacional: Massey *et al.*, (1998), presenta una discusión y crítica sistemáticas (basadas en dos artículos previos: Massey *et al.*, 1993 y 1994), mientras que Brettell y Hollifield (2000) incluyen capítulos que abordan las contribuciones de algunas de las principales disciplinas de las ciencias sociales para el estudio de la migración. El texto de Boyle *et al.* (1998) es un buen trabajo introductorio escrito por geógrafos. Un compendio previo, pero aún valioso, acerca de teorías de la migración, se encuentra en un número especial de *International Migration Review* (1989, 23: 3). El libro de Kritz *et al.* (1992) constituye una excelente compilación sobre teoría de los sistemas de migración. Phizacklea (1983), Morokvasic (1984) y Lutz, Phoenix y Yuval-Davis (1995) han compilado útiles volúmenes sobre la relación entre la migración y el género. Sassen (1988) aporta una perspectiva original sobre la economía política de la migración, mientras que Borjas (1990) presenta la visión neoclásica.

Goldberg y Solomos (2002) proporcionan una amplia compilación de ensayos sobre diversos aspectos de los estudios raciales y étnicos. Rex y Mason (1986) aportan exposiciones detalladas de las aproximaciones teóricas a las relaciones raciales y étnicas. Mosse (1985), Cohen y Bains (1988), Miles (1989) y Balibar y Wallerstein (1991), Wieviorka (1995) y Essed (1991) ofrecen buenos textos sobre el racismo. Anderson (1983), Gellner (1983) e Ignatieff (1994) aportan análisis estimulantes del nacionalismo, mientras que Smith (1986, 1991) discute la relación entre etnicidad y nación. Para encontrar análisis de la relación entre la migración y la ciudadanía se pueden consultar Bauböck (1991, 1994), Bauböck y Rundell (1998), Aleinikoff y Klusmeyer (2000, 2001) y Castles y Davidson (2000). Gutmann (1994), Schnapper (1994), Soysal (1994) y Kymlicka (1995) presentan diversas perspectivas sobre el mismo tema. DeWind *et al.* (1997) ofrece una compilación de artículos sobre el carácter cambiante de la incorporación de los inmigrantes a Estados Unidos. Entre las buenas introducciones al campo emergente de las comunidades transnacionales se encuentran Basch *et al.* (1994), Cohen (1997), Portes *et al.* (1999), Vertovec (1999) y Faist (2000). Van Hear (1998), discute la teoría transnacional desde la perspectiva de los movimientos de refugiados. La obra de Zolberg y Benda (2001) es muy útil para entender los vínculos entre la migración económica y los movimientos de refugiados.

